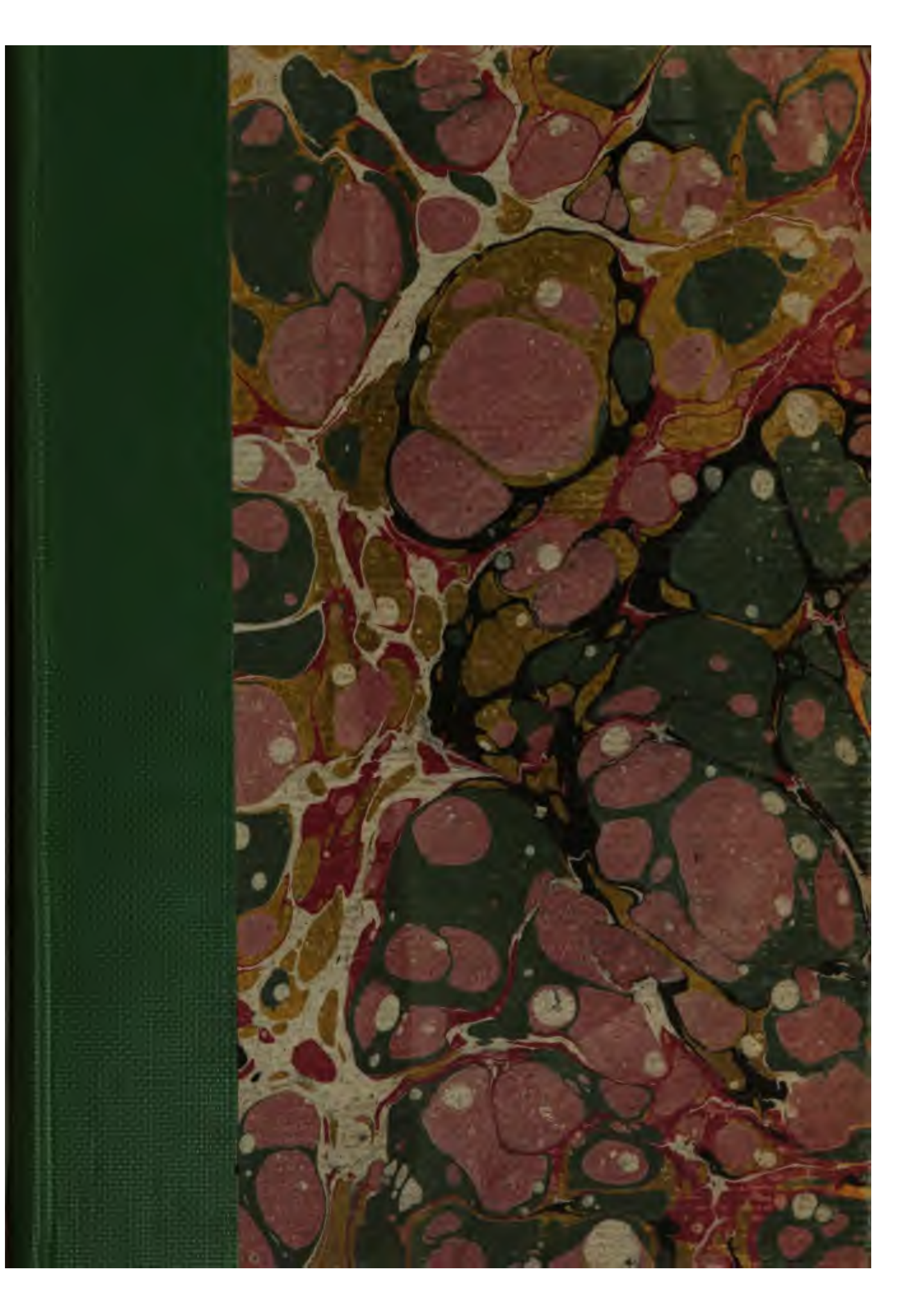
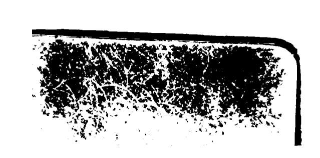





TAYLOR · INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA



El Rey se divierte,

drama en cuatro actos,

DE VICTOR HUGO,

arreglado al Teatro Español

por D. Ventura de la Vega.



Madrid: 1838.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,

CALLE DEL AMOR DE DIOS, NÚMERO 7.

PERSONAGES.

FRANCISCO I.
TRIBOULET.
BLANCA.
SAINT-VALLIER.
SALTABADIL.
MAGDALENA.
CLEMENTE MAROT.
PIENNE.
GORDÉS.
PARDAILLAN.
BRION.
MONTCHENU.
MONTMORENCY.
COSSÉ.
LA TOUR-LANDRY.
MADAMA DE COSSÉ.
GERARDA.
UN GENTIL-HOMBRE DE LA REINA.
UN CRIADO DEL REY.
CORTESANOS, PAGES, &c. &c.

PARIS. — 152...

ACTO PRIMERO.

Una noche de baile en el Louvre. Magníficos Salones llenos de damas y caballeros ricamente vestidos. Música, baile, algazara. Lacayos que van y vienen con sendos azafates. Grupos de convidados que entran y salen. — La fiesta toca á su término: la aurora claréa á través de los vidrios. Nótase ya cierta libertad entre los concurrentes: casi una orgia.

ESCENA PRIMERA.

EL REY — *como lo pintó Ticiano.* — LA TOURLANDRY.

Rey. Yo he de seguir esta aventura; no hay remedio: la muchacha es pobre, de oscuro nacimiento; pero hermosísima, Conde!

La T. Y todos los domingos vais á verla á la iglesia?

Rey. A San German. Ni uno falto.

La T. Y llevais ya dos meses?

Rey. Sí!

La T. Pero sabeis su casa?

Rey. Vive en el callejon de Bussy.

La T. Junto al Palacio de Cossé?

Rey. Precisamente: dónde está aquel paredon...

La T. Ya. — Y no haceis mas que seguirla?

Rey. Si lleva siempre cosida á las espaldas una maldita vieja que no la permite respirar.

La T. De veras?

Rey. Y lo mas curioso es que así que anochece se presenta allí un bulto misterioso, embozado hasta los ojos, que despues de observar á uno y otro lado, llama, le abren, y entra en la casa.

La T. Pues haced vos eso mismo que hace el embozado.

Rey. Imposible. Allí no penetra alma viviente.

La T. Y la muchacha no ha dado señales de vida?

Rey. A juzgar por sus miradas, creo que por lo menos no le soy indiferente.

La T. Y ha conocido que sois el Rey?

Rey. Ni por sueños. Bajo el humilde traje de estudiante cómo ha de sospechar que se esconde todo un Rey de Francia?

La T. Vaya! se me figura, Señor, que os habeis enamorado de alguna ilustre fregona. (*Sale Triboulet con varios cortesanos.*)

Rey. Silencio.—En materias amorosas, el misterio es indispensable para triunfar. (*Volviéndose á Triboulet que ha oido las últimas palabras.*) ¿No es cierto?

Trib. Cierto. El misterio es la llave del amor.

ESCENA II.

EL REY, TRIBOULET, GORDES, *varios cortesanos.*

Rey. (*Mirando un grupo de Señoras que atraviesan.*) Madama de Vendoma está divina!

Gord. Pues y la de Alba y la de Montchevreuil!

Rey. Pero Madama de Cossé las aventaja á todas.

Gord. Señor, bajad la voz: su marido os oye. (*Señalando á Cossé que pasa por el fondo.*)

Rey. Qué importa!

Gord. Y si se lo cuenta á Madama Diana de Poitiers?

Rey. Qué importa! (*Dirijese al fondo á hablar con las Señoras.*)

Trib. (*A Gordes.*) Hace ocho dias que no la ve.

Gord. Si la enviará con su marido?

Trib. Creo que no.

Gord. Ella rescató la cabeza de Saint-Vallier su padre.

Trib. A propósito de Saint-Vallier... Qué capricho de viejo! casar á un ángel de hermosura como su hija Diana, con un Senescal jorobado!

Gord. Es un viejo chocho.—Yo estaba á su lado sobre el cadalso cuando llegó el perdon. —Qué gravedad aquella!— No dijo mas que: «Dios guarde al Rey!"— Despues que ha averiguado como le vino el perdon, está que toma el cielo con las manos.

Rey. (*Pasando con Madama de Cossé.*) ¡Inhumana! os marchais de Paris!

Mad. de Cossé. (*Suspirando.*) Mi marido me lleva á Soissons.

Rey. Y no es un horror, cuando todo Paris os tributa la adoracion debida á esa hermosura; cuando por vos llueven todos los dias sonetos y estocadas; cuando sois el radiante sol de mi corte, que nos dejeis en tinieblas, y os marcheis á brillar en un plebeyo cielo de provincia!

Mad. de Cossé. Contenéos por Dios!

Rey. No, no! Vuestro marido es un tirano!...

Mad. de Cossé. Aquí viene!... callad. (*Retírase con viveza: aparece Cossé.*)

Rey. El Diablo cargue con él!—(*A Triboulet.*) Qué hermosa!—¿Te ha enseñado Marot el soneto que la he compuesto?

Trib. Yo no leo nunca vuestros versos. — Versos de Rey son siempre malos.

Rey. Insolente!

Trib. Eso se queda para la canalla.

Rey. (*Entusiasmado.*) No! hacer versos á las hermosas eleva el corazon! — (*Recitando.*)

«Te seguiré, amor divino,
»volando por el espacio:
»alas pondré á mi palacio!...

Trib. (*Recitando.*)— » Y parecerá un molino!"

Rey. Bribon! — Si no viera allí á Madama de Coislin, te mandaba dar doscientos azotes. (*Dirijese á galantear á Madama de Coislin.*)

Trib. (*Aparte.*) Anda, libertino! persigue á esa tambien.

Gord. (*Acercándose á Triboulet y señalándole hácia el fondo.*) Por allí viene Madama de Cossé. A que se pica y deja caer el guante.

Trib. Veamos. — (*Madama de Cossé, picada, deja caer su ramillete. El Rey deja á Madama de Coislin y recoje el ramillete de Madama de Cossé, con la cual entabla tierna conversacion.*)

Gord. No lo dijo?

Trib. Ahora va bien!

Gord. Ya lo atrapó.

Trib. Demonios son las mugeres! (*El Rey vá*

á abrazarla. — Cossé sale por el foro y se detiene asombrado.)

Gord. El marido!

Mad. de Cossé. (*Viendo á su marido se desprende de los brazos del Rey y desaparece.*) Separémonos!

Trib. Qué vendrá á hacer aquí ese barrigon celoso? (*El Rey se acerca á un bufete y pide de beber.*)

Cossé. (*Aparte adelantándose amoscado.*) Qué se estarían diciendo! (*Acercándose con presteza á La Tour-Landry que lo llama.*) Qué?

La T. (*Misteriosamente.*) Vuestra muger... es hermosísima! (*Cossé dá un respingo y se dirige á Gordes, que tambien lo llama con misterio.*)

Cossé. Qué?

Gord. (*En voz baja.*) Qué teneis en la cabeza? por qué mirais tanto hácia aquel lado? (*Cossé se aparta furioso y tropieza con Triboulet que lo lleva misteriosamente á un lado, mientras Gordes y La Tour rien á mas no poder.*)

Trib. Teneis cara de hombre amoscado! (*Vuélvele la espalda con una carcajada: Cossé se va desesperado.*)

Rey. (*Llegando.*) Esto es la gloria, el paraiso! — Qué mugeres! ¡qué talles! ¡que hermosuras!... Esto es gozar! — Yo soy feliz! y tú?

Trib. Muchísimo! — Vos gozais de la fiesta, y yo hago burla de ella: vos sois feliz como un Rey, y yo como un jorobado.

Rey. Qué noche de placer! — (*Viendo salir á Cossé.*) Solo ese Cossé me fastidia. ¿Qué te parece?

Trib. Un enorme camello.

Rey. Eh! no importa! Gocemos. Soy omnipotente. Triboulet, ¡qué hermosa es la vida!

Trib. Si Señor; estando entre dos luces.

Rey. Pero no es aquella...? qué divina!...

Trib. Madama de Cossé?

Rey. Ven, me harás centinela. (*Vánse.* — *Salen varios cortesanos.*)

ESCENA III.

GORDES, PARDAILLAN, CLEMENTE MAROT; *luego* PIENNE: *de cuando en cuando* COSSÉ *que entra y sale azorado.*

Mar. (*Saludando á Gordes.*) Qué hay de nuevo?

Gord. Nada: que la fiesta es magnífica y que el Rey se divierte.

Mar. Gran novedad! El Rey se divierte?

Cossé. (*De paso.*) Si se divirtiera solo!...

Gord. Este pobre Cossé me dá compasion!

Mar. Parece que el Rey está muy tierno con su muger. (*Gordes hace señas afirmativas.* — *Sale Pienne.*)

Gord. Oh! Duque de Pienne! (*Se saludan.*)

Pien. (*Con misterio.*) Amigos! una noticia fresca! cosa estraordinaria, cosa sorprendente, cosa incomprensible!

Gord. Qué?

Pien. (*Reuniendo un grupo.*) Chit.... Silencio!... (*A Marot que ha ido á hablar con otros.*) Clemente Marot!...

Mar. (*Acercándose.*) Qué mandais, Señor Duque?

Pien. (*A Cossé que aparece:*) Cossé! acá. — Ea, Señores: adivinad una cosa relativa á Triboulet.

Pard. Se ha enderezado?

Cossé. Le han hecho Condestable?

Mar. Lo han asado por equivocacion?

Pien. Nada: es mas chistoso. Tiene... adivinad lo que tiene. Cosa increible!

Gord. Un desafio?

Pien. No. No lo acertais. — Triboulet el bufon, Triboulet el jorobado, qué direis que tiene?... Una querida! (*Todos se echan á reir.*)

Mar. Se burla el Señor Duque!

Pien. Señores: lo juro por mi vida. Puedo deciros donde vive la dama. Él vá todos los dias así que anochece, embozado hasta los ojos en una enorme capa, á rondar á la ninfa, que vive junto al palacio de Cossé. Yo lo he descubierto, y le he de dar un chasco: Guardadme el secreto.

Mar. Triboulet transformado en Cupido!...

Pard. Triboulet galanteando!... — Y no me direis con qué objeto sale tambien el Rey todos los dias al anochecer, solo y disfrazado?

Cossé. Ola!... ¡ todos los dias!... y hácia donde vá?...

Pard. Eso es lo que yo no sé.

Pien. Ni á mí me importa. Yo no soy casado.

Cossé. Ya! pero el que tenga hermana, hija ó muger, debe temblar cuando el Rey se divierte. Señores! cuando la boca se rie, enseña todos los dientes.

Pien. (*Aparte á los demas.*) Qué miedo le tiene al Rey!

Pard. Su muger no lo tiene tanto.

Gord. Pues yo creo que lo errais, Cossé. Importa mucho tener al Rey divertido.

Pien. Soy de la misma opinion, Conde.

Mar. El Rey viene con el cupidito Triboulet.

(*Salen el Rey y Triboulet. — Los cortesanos se apartan con respeto.*)

ESCENA IV.

DICHOS, EL REY, TRIBOULET.

Trib. Pero, Señor, de qué os servirán los sabios ni los poetas en la Corte?

Rey. Mi hermana Margarita se empeña en ello: dice que llegará un dia en que me canse de las mugeres.

Trib. Pues dice muy mal.

Rey. Al menos, cinco ó seis poetas...

Trib. Cinco ó seis!... como quien dice, una caballeriza entera! No tenemos bastante con Clemente Marot, nuestro poeta de Cámara?

Mar. Muchas gracias! (*Ap.*) Insolente bufon!—

Trib. Mugeres, Señor, mugeres; y dejaos de sabios. (*Risas en un grupo del foro.*)

Rey. Mira: allí se están riendo de tí. (*Triboulet vá á escuchar y vuelve.*)

Trib. No Señor: es de otro loco.

Rey. De quién?

Trib. Del Rey.

Rey. Cómo!... y qué dicen?

Trib. Que sois avaro: que prodigáis riquezas y honores á los de Navarra: que no los premiais á ellos...

Rey. Ya veo quienes son. — Montchenu, Brion y Montmorency.

Trib. Justamente.

Rey. Miserables palaciegos! Á uno he hecho Almirante, al otro Condestable, á Montchenu Mayordomo Mayor de mi palacio; y no están contentos!

Trib. Si se quejan con justicia, aun podeis hacerlos otra cosa.

Rey. Qué?

Trib. Hacedlos ahorcar.

Pien. (*Riendo, á los tres que están en el foro.*) Caballeros, ois lo que dice Triboulet?

Brion. (*Mirando con rabia á Triboulet.*) Sí: lo he oido!

Mont. Él la pagará, vive Dios!

Montch. Miserable bufon!

Trib. (*Al Rey.*) Pero, Señor, decidme: no sentís cierto vacío en el alma?... No echais de menos á vuestro lado una muger cuyo corazon sea vuestro?

Rey. Y qué sabes tú?...

Trib. Ser amado por ser Rey, es lo mismo que no ser amado.

Rey. Y qué sabes tú si no hay una muger que me ama por mí?...

Trib. Sin conoceros?

Rey. Se entiende. — (*Aparte.*) No quiero descubrir á mi hermosa del callejon de Bussy. —

Trib. Será, pues, alguna oscura plebeya?

Rey. Por qué no?

Trib. (*Con viveza.*) Cuidado, Señor!... una plebeya!... mirad que los plebeyos no son tan sufridos como los cortesanos, y suelen olvi-

darse del respeto debido á la magestad. No os espongais! — Contentaos con las mugeres de esos Señores.

Rey. Sí: yo me compondré con la muger de Cossé.

Trib. Atrapadla.

Rey. (*Riendo.*) No es tan fácil hacerlo como decirlo.

Trib. Robémossela esta noche.

Rey. (*Señalando á Cossé.*) Y el Conde?

Trib. Y la Bastilla?

Rey. No, no!

Trib. Pues bien; hacedlo Duque.

Rey. Es zeloso como un plebeyo: lo rehusaría todo, y alborotaría el mundo.

Trib. (*Cavilando.*) Qué demonio de hombre!... (*Cossé se ha ido acercando y escucha. Triboulet continúa como inspirado.*) Hay un medio cómodo, fácil, sencillo. (*Cossé se acerca mas.*) Cortarle la cabeza al Conde de Cossé. (*Cossé retrocede espantado.*) —... Se le supone un complot con España ó Roma...

Cossé. (*Sofocado.*) Ah! Lucifer!...

Rey. (*A Triboulet riendo, y dando en el hombro á Cossé.*) Estás en tu juicio!... Cortar esta gran cabeza!... Mírala! ¡que magnífica!

Cossé. Cortarme la cabeza!

Trib. Y qué?

Rey. (*A Triboulet.*) Es cosa séria.

Trib. No Señor.

Cossé. Cortarme la cabeza!... vaya!

Trib. Y por qué no? — Qué necesidad hay de no cortaros la cabeza?

Cossé. Por supuesto!...—Yo te castigaré, pícaro!

Trib. No os temo. Qué me puede suceder?... que la joroba se me pase á la barriga, como á vos?

Cossé. (*Poniendo mano á la espada.*) Insolente!

Rey. Conde! deteneos. — Sígueme, bufon. (*Vase con Triboulet riendo.*)

Gord. Vá reventando de risa. (*Así que el Rey y el bufon se alejan, reúnense los cortesanos, siguiéndolos con los ojos.*)

Brion. Caballeros: venguémonos del bufon!

Todos. Chit!...

Mar. El Rey le proteje!

Pien. No importa. Tenemos un medio. Todos estamos resentidos de él: podemos vengarnos. (*Todos se agrupan.*) Juntémonos al anochecer todos bien armados en el callejon de Bussy, junto al palacio de Cossé.., ya sabeis.., donde él vá á rondar á su dama. — No hay mas que hablar.

Mar. Ya adivino.

Pien. Sin falta?

Todos. Sin falta.

Pien. Silencio. Ahí viene. — (*Aparecen Triboulet y el Rey con varias damas.*)

Trib. (*Aparte.*) A quién haré burla ahora? — al Rey?... Demonio!

Un Criado. (*Sale y dice Aparte á Triboulet.*) El Conde de Saint-Vallier quiere ver al Rey.

Trib. Bien. — (*Vase el criado.*) A tiempo viene!... (*Gozoso.*) Buena la voy á armar! (*Gran ruido á la puerta principal.*)

Saint-Val. (*Dentro.*) Quiero hablar al Rey!

Rey. (*Separándose de las damas.*) No!... quién ha entrado?

Saint-Val. (*Dentro.*) Al Rey!

Rey. (*Con viveza.*) No, no! (*Un anciano vestido de luto se abre paso y se planta delante del Rey, mirándole fijo. Los cortesanos se apartan asombrados.*)

ESCENA V.

DICHOS, SAINT-VALLIER.

Saint-Val. Sí! os hablaré!

Rey. Conde de Saint-Vallier!

Saint-Val. Así me llaman.—(*El Rey, colérico, da un paso hácia él: Triboulet le detiene.*)

Trib. Ah! Señor! dejadme arengar á este buen caballero. (*Tomando una actitud teatral.*) Conde de Saint-Vallier! — Vos conspirásteis contra nos, y como Rey clemente os perdonamos la vida. Bien. — Qué capricho os ha dado ahora de entregar la mano de vuestra hermosa hija Diana á un yerno contrahecho, semejante á una etcétera, con una berruga en la nariz, tuerto, barrigon como el Señor, (*Señalando á Cossé que bufa.*) y jorobado como yo? — Ah! si la prevision del Rey no lo evitára, él os daría nietos raquíticos, enclenques, tuertos, barrigones como el Señor, (*Saludando á Cossé que brama.*) y jorobados como yo! — Vuestro yerno es muy feo. Dejad obrar al Rey. (*Los cortesanos aplauden y rien.*)

Saint-Val. (*Sin mirar al bufon.*) Un insulto mas! — Escuchadme, Señor... Teneis obligacion de escucharme, porque sois Rey. — Vos me hicísteis subir al cadalso: allí recibí asombrado

mi perdon; y al recibirlo, os bendije... porque ignoraba entonces que siempre hay algo oculto bajo el perdon de los reyes. En el mio iba envuelta mi deshonra! — Sí! mientras yo, penetrado de gratitud, bajaba del cadalso, pidiendo al Dios de las victorias que colmára vuestra alma de felicidad y vuestra frente de laureles, vos, Francisco I de Valois, sin respetar la noble sangre de Poitiers, arrastrábais furiosamente á vuestro lecho, sin compasion, sin amor, y manchábais y deshonrábais á Diana de Poitiers, Condesa de Brezé... hija mia!. — Señor! quién me hubiera dicho que en aquel cadalso se elevaba la lujuria real con máscara de clemencia, para recibir en sus sangrientas manos la cabeza del padre, ó el honor de la hija! — Mi cabeza, en fin, os pertenecia: fuí partidario del Condestable. — Pero mi hija! — Señor! no vengo á pedírosla: el que no tiene honor no tiene familia: guardadla. —Vengo solamente, porque me he propuesto amargar vuestro corazon en medio de las fiestas, y en todas me vereis, hasta que un padre, un hermano, un esposo me vengue de vos. Sí; en todos vuestros festines hallareis mi rostro pálido, escuchareis mi voz que os gritará: Señor! sois un mal Rey! y la escuchareis, clavando los ojos en tierra... y querreis obligarme á callar, entregando mi cabeza al verdugo, y no os atrevereis... por miedo de que mañana sea mi espectro el que venga á hablaros con la cabeza en la mano!

Rey. (*Colérico.*) Qué esceso de osadía!.. (*A Pienne.*) Duque! prendedlo. (*Pienne hace*

una seña; dos alabarderos se colocan uno á cada lado de Saint-Vallier.)

Trib. (*Riendo.*) Está loco, Señor!

Saint-Val. (*Levantando los brazos.*) Malditos seais los dos! — (*Al Rey.*) Señor ¿os parece noble soltar vuestro lebrel sobre un leon moribundo? (*A Triboulet.*) Quien quiera que seas, lengua de víbora, que haces mofa y escarnio del dolor de un padre, yo te maldigo! — (*Al Rey.*) Creía tener derecho á que me tratáseis de magestad á magestad: vos sois Rey, y yo soy padre. Ambos tenemos en la frente una corona, que todos debian respetar: la vuestra es de flores-de-lis de oro, la mia es de canas. Rey! cuando algun sacrílego insulta la vuestra, vos la vengais: — Dios vengará la mia!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El callejon de Bussy.—A la derecha una casita de humilde aspecto, con un patio rodeado de una pared que ocupa parte del teatro: en el patio varios árboles y un banco de piedra: en la pared una puerta que dá al callejon, y encima un terradito con su cobertizo, sostenido por arcos de fábrica.—La puerta del primer piso dá al terrado, el cual comunica con el patio por unos escalones.—A la izquierda del callejon las paredes del cercado de los jardines del palacio de Cossé.—En el fondo, casas iglesias, &c.

ESCENA PRIMERA.

TRIBOULET, SALTABADIL.

Durante parte de la escena, aparecen Pienne y Gordes en el fondo.—Triboulet, embozado en una capa, y sin ningun atributo de bufon, aparece en el callejon y se dirige á la puerta que dá al patio. Saltabadil, igualmente embozado, y con una enorme espada, le sigue.

Trib. (*Pensativo.*) La maldicion del anciano me persigue por todas partes!...
Saltab. (*Saludándole.*) Caballero.
Trib. (*Volviéndose con enfado.*) Qué?... (*Buscando en los bolsillos.*) No traigo dinero.

Saltab. Caballero, yo no pido limosna.

Trib. (*Haciéndole seña de que le deje en paz.*) Bien, bien. (*Salen Pienne y Gordes y observan desde el fondo.*)

Saltab. (*Saludándole.*) Me juzgais mal, caballero: yo soy hombre de espada.

Trib. (*Retrocediendo.*) Si será algun ladron!...

Saltab. (*Acercándose y con tono blando.*) Parece que estais caviloso. Yo he observado que todas las tardes andais rondando por estos sitios, y apostaria algo bueno á que andais zelando alguna muger...

Trib. (*Aparte.*) Demonio!—Yo no tengo que dar cuenta á nadie de mis operaciones. (*Quiere irse: Saltabadil le detiene.*)

Saltab. Yo me entremeto en ellas por vuestro bien: si me conociérais me tratariais mejor. (*Acercándose.*) Vamos claros: algun fátuo le hace carantoñas á vuestra muger, y estais zeloso?

Trib. Acabemos: qué es lo que quereis?

Saltab. (*Con dulzura.*) Por una miseria de dinero se quita de enmedio á ese hombre.

Trib. (*Respirando.*) Ola!... me parece muy bien.

Saltab. Por supuesto! Ya veis que soy un hombre honrado...

Trib. Cáspita!

Saltab. Y que os seguia con buenos fines.

Trib. Sí, sí: sois un hombre muy útil.

Saltab. (*Con modestia.*) Guardo el honor de las damas de esta villa.

Trib. Y cuánto llevais por despachar á un galanteador?

Saltab. Segun sea el galanteador, — y el modo de hacerlo.

Trib. Por matar á un grande?

Saltab. Demonio! — ahí se corre peligro; los grandes van armados, y puede uno sacar rasguño: se arriesga el pellejo... El grande vale caro.

Trib. Ola! pues qué, tambien entre los plebeyos anda esa moda?

Saltab. Suele algun plebeyo mandarme trabajar... pero es un ramo de lujo que apenas lo usan mas que los señores. — Yo me ajusto siempre á tomar la mitad antes, y la otra mitad despues.

Trib. Ya! como que se corre peligro de ir á la horca, ó...

Saltab. No tal: pagamos un tanto á la policía.

Trib. Un tanto por matar hombres?

Saltab. Pues: y hace la vista gorda. — Oh! á menos que el muerto fuera... quién diré yo?... el Rey!

Trib. Y cómo haceis esa operacion?

Saltab. Caballero, yo mato en la calle ó en mi casa, segun el trato.

Trib. Ya! á escoger.

Saltab. Para la calle tengo un estoque bien aguzado: acecho á mi hombre por la noche...

Trib. Y en vuestra casa?

Saltab. Tengo una hermana, llamada Magdalena, hermosa muchacha!... que baila por las calles con su pandereta, y á todos deja prendados: ella me engatusa á mi hombre, me lo cita á casa por la noche...

Trib. Ya entiendo.

Saltab. Así se hace sin escándalo, y con decencia. Con que si ocurre algo, no quedareis descontento. Yo no soy de esos perdonavidas que andan cargados de puñales y en llegando un lance se vuelven gallinas. Nada de fantasía. (*Saca una desmesurada espada.*) Este es mi instrumento. (*Triboulet retrocede asustado.*) Está á vuestra disposicion.

Trib. Ya!—Pues señor, gracias: por ahora no necesito...

Saltab. Lo siento. (*Envainando.*) Cuando necesiteis hallarme, yo me paséo todos los dias, á las doce, por delante del palacio de Maine: me llamo Saltabadil.

Trib. Bohemio?

Saltab. (*Saludando.*) Y Borgoñon.

Gord. (*Aparte á Pienne, apuntando las señas.*) Este hombre es muy útil: apuntaré su nombre.

Saltab. (*A Triboulet.*) Espero que no formeis mal juicio de mí.

Trib. No tal! cada uno tiene su modo de vivir.

Saltab. A menos de ser un mendigo, un vagamundo, un pillo...—Yo tengo cuatro hijos...

Trib. Ya! y para ver de darles educacion... Ea: Dios os guarde.

Pien. (*Aparte á Gordes.*) Aun es de dia: retirémonos, no nos vea. (*Vánse.*)

Trib. (*A Saltabadil.*) Buenas tardes.

Saltab. (*Saludándole.*) Con dios. A la obediencia... (*Váse.*)

Trib. (*Mirándole.*) Que perfecta semejanza hay entre los dos! Yo, con mi lengua afilada; tú, con tu estoque puntiagudo: yo, el hombre que rie... tú, el hombre que mata!

ESCENA II.

(Triboulet, despues que se ve solo, abre con tiento la puerta del patio, vuélvese á mirar si le observan, saca la llave de la cerradura, entra, cierra cuidadosamente, y dá algunos pasos por el patio, con aspecto triste y caviloso.)

TRIBOULET.

La maldicion del anciano me persigue siempre!...
—Mientras él me hablaba y me maldecía,... yo me burlaba de su dolor!—ah! me burlaba... pero mi corazon estaba aterrado!— (*Siéntase en un banco de piedra.*) Me maldijo!—(*Profundamente pensativo.*) Ah! la naturaleza y los hombres me han hecho malo y cruel!— Bufon de palacio!... obligado á reir el dia entero!... miserable condicion!—Es posible que lo que tiene un triste soldado en su dura esclavitud, lo que tiene un mendigo en su zahurda, un esclavo en Tunez, un forzado en galeras... lo que tiene toda criatura en este mundo, el derecho de llorar cuando quiere, no lo tenga yo!!—Si alguna vez, triste y pensativo, abrumado por la idéa de mi deformidad, me escondo en un oscuro rincon de palacio, para calmar en la soledad los amargos sollozos que exhala mi alma, al verse encerrada en este cuerpo contrahecho, allí se me aparece mi amo de repente, mi amo, gozoso, omnipotente, robusto, jóven, monarca, buen mozo, y dándome con el pié, me dice bostezando: Bu-

fon! hazme reir!—Ah! Bufon de palacio!!... Todos me desprecian!... todos me humillan!... pero algunas veces, cortesanos burlones, os hago pagar con usura los desprecios: mi amo, tambien lo es vuestro, y yo soy el genio infernal que le aconseja: vuestra hacienda, vuestra honra, vuestra cabeza está á veces en mis manos, y cuando la ocasion se me presenta, me gozo, me deleito en aniquilaros... Vosotros me habeis hecho malo!!—Y es esto vivir!... ahogar en el pecho todo pensamiento generoso... aconsejar al Rey torpezas y crueldades, para vengarme de él y de ellos... no pensar, no inventar, no maquinar sino la ruina de alguno... oh! infeliz de mí!!—(*Levantándose.*) olvidemos esto un instante: al entrar por esa puerta, mi corazon se purifica y se baña de amor y de ternura!—(*Volviendo á su cavilacion.*) El anciano me maldijo!—Por qué me ha de perseguir este recuerdo, sin poderlo desechar?... Si será algun agüero!... (*Alzando los hombros.*) qué locura!—(*Dirijese á la puerta de la casa, llama, le abren: una jóven vestida de blanco sale y se echa gozosa en sus brazos.*)

ESCENA III.

TRIBOULET, BLANCA, *luego* GERARDA.

Trib. Hija mia! (*La abraza con delirio.*) Estréchame bien... así... contra tu corazon!— Ay! á tu lado todo me sonrie, hija mia, soy dichoso, respiro con libertad!—(*Contemplán-*

dola.) Mas hermosa cada dia!... Dí, te falta algo?... Estás bien aquí?... Abrázame, Blanca!

Blan. Cuánto me quereis, padre mio!

Trib. Te idolatro!—No eres tú mi vida? no eres mi sangre?... Ah! si no existieras tú, qué sería de mí, Dios mio!

Blan. Suspirais?... Teneis alguna pena?... contádsela á vuestra hija. Nunca me habeis hablado de mi familia.

Trib. Hija mia, no la tienes.

Blan. Ni me habeis dicho vuestro nombre.

Trib. Qué te importa mi nombre!

Blan. En el pueblo donde me crié, todos me tenian por huérfana,—hasta que vos fuísteis á buscarme.

Trib. Allí debí dejarte; que hubiera sido mas prudente. Pero yo no podia vivir sin tí; necesitaba un corazon que me amase. (*Abrazándola.*)

Blan. Si no quereis decirme eso...

Trib. No salgas nunca!

Blan. En dos meses que llevo de estar aquí, solo he salido ocho veces para ir á misa.

Trib. Bien.

Blan. Vaya; decidme algo de mi madre!

Trib. Ah! no renueves en mi corazon esa memoria amarga! No me recuerdes que hubo un dia en que encontré,—si no te viera á tí diria que lo soñé,—una muger distinta de la mayor parte de las mugeres, que viéndome en este mundo, aislado, pobre, despreciado, se dignó amarme por mi deformidad y mi desgracia! Murió en mis brazos, encerrando en la tumba el secreto de aquel amor sobrenatural, de aquel

amor que brilló para mí como un relámpago, como un rayo de lúz celeste que alumbró las tinieblas de mi alma.—Blanda sea la tierra sobre aquel seno en que reposó mi frente!—Tú sola me has quedado! (*Mirando al cielo.*) Yo te doy gracias, Dios mio!—(*Llorando.*)

Blan. No os afligais... me dá tanta pena veros llorar así!

Trib. Ah! que dirías si me vieras reir!!...

Blan. Padre mio! qué teneis?... ah! decidme vuestro nombre: depositad en mí todas vuestras penas...

Trib. No. Por qué quieres saber mi nombre? yo me llamo tu padre.—Mi nombre?... fuera de aquí, acaso es temido de unos, despreciado de otros... maldecido de muchos... Mi nombre!... qué harías con saberlo?—Al menos aquí, á tu lado, en este único asilo de la inocencia, déjame ser hombre, hija mia, ser padre, inspirar respeto y amor!

Blan. Padre mio!

Trib. (*Abrazándola con delirio.*) Fuera de aquí no hay un solo corazon que responda al mio... Ah! yo te amo tanto como aborrezco al resto del mundo.—Siéntate aquí... ven... hablemos de esto. Di; amas mucho á tu padre?... Mira: otros tienen padres, hermanos, amigos... vasallos... quién sabe!... pero yo... yo no tengo mas que á tí!—otros tienen riquezas... tú eres mi único tesoro!—Hija mia!... mi patria, mi familia, mis riquezas, mi universo, mi Dios... eres tú, siempre tú, nada mas que tú!—Si yo te perdiera!... oh! pensamiento horroroso!—Mírame!... tu mirada es celes-

tual... toda á tu madre!... Era tan hermosa!... Tú te pasas muchas veces la mano por la frente, como hacía ella... En todo te pareces...

Blan. Ah! tambien quisiera yo haceros feliz como ella!

Trib. A mí?... yo soy feliz... así que te veo; á tu lado mi corazon se deleita!—(*Pasándole la mano por los cabellos.*) Qué cabellos tan negros y tan hermosos! y cuando niña eras rubia como un oro... quién lo diria?

Blan. (*Acariciándole.*) Una noche, antes del toque de ánimas, yo quisiera salir y ver á Paris un poco.

Trib. (*Asustado.*) Nunca, nunca!—Supongo, hija mia, que Gerarda no te habrá sacado nunca?

Blan. (*Temblando.*) No señor.

Trib. Cuidado!

Blan. No he salido mas que á misa.

Trib. (*Aparte.*) La verian... la seguirian... me la robarian!... La hija del Bufon!... cualquiera puede deshonrarla, y se toma por chiste... ah!—Por Dios te lo pido! no salgas nunca de aquí!—Si supieras cuan infestada atmósfera se respira en Paris! cuantos libertinos circulan por sus calles!... Esos grandes!...—Dios mio! custódiala en este asilo de paz, cúbrela con tus alas, para que este desgraciado padre, en sus horas de descanso, pueda venir á respirar el puro aroma de esta rosa de inocencia y de virginidad!

Blan. Bien, no volveré á hablaros de salir; pero por Dios, no lloreis así!

Trib. Deja... este llanto me alivia;—he reido

tanto la noche pasada! (*Levantándose.*) Pero me entretengo demasiado. Blanca, ya es hora de que vuelva á mi yugo. Adios! (*Va oscureciendo.*)

Blan. (*Abrazándole.*) Volvereis pronto á verme?

Trib. Quién sabe!... Ya ves, hija mia, yo no mando en mí. (*Llamando.*) Gerarda! (*Una dueña aparece á la puerta de la casa.*)

Ger. Qué mandais, Señor?

Trib. Cuando yo entro me ve alguien?

Ger. Nadie. Siempre está la calle desierta. (*Es casi de noche.—Aparece el Rey en la callejuela, disfrazado: examina la altura de la pared y la puerta, con señales de rabia y de impaciencia.*)

Trib. (*Abrazando á Blanca.*) Adios, hija mia!—(*A Gerarda.*) La puerta que dá á la otra calle supongo que la teneis bien cerrada? (*Gerarda hace señas afirmativas.*) Tengo noticias de una casa, á espaldas de San German, mas retirada que esta. A mañana la veré.

Blan. Esta me gusta mucho por el terrado, desde el cual se ven los jardines de enfrente.

Trib. No subas nunca al terrado, hija mia!—(*Escuchando.*) Pasa alguno? (*Vá á la puerta del patio, la abre, y mira con inquietud á la calle. El Rey se esconde en un recodo junto á la puerta, la cual deja entreabierta Triboulet.*)

Blan. (*Señalando el terrado.*) Y qué, no he de poder subir por las tardes á tomar el fresco?

Trib. (*Volviendo hácia ella.*) Hija mia!!.. pueden verte!...—(*Mientras vuelve la espalda para hablar con su hija, el Rey se desliza

en el patio por la puerta entreabierta, y se oculta detras de un árbol.) (*A Gerarda.*) Tampoco dejareis que vean luz por las vidrieras?

Ger. (*Impaciente.*) Cómo quereis, Señor, que entre aquí nadie?... (*Vuelvese y ve al Rey detras del árbol: interrúmpese tartamudeando en el momento que abre la boca para gritar, el Rey le echa en el seno un bolsillo: ella lo toma, lo pesa y calla.*)

Blan. (*A Triboulet que ha ido á visitar el terrado con una linterna.*) Qué precauciones, padre mio!... pero decidme, qué temeis?

Trib. Por mí, nada: todo por tí. (*Abrazándola.*) Blanca, hija mia, adios! (*La luz de la linterna que tiene Gerarda ilumina á Triboulet y á Blanca.*)

Rey. (*Aparte detras del árbol.*) Triboulet!— (*Rie.*) Demonio... la hija de Triboulet!... qué aventura tan chistosa!

Trib. (*Va á salir y vuelve.*) Y cuando vas á la iglesia, te sigue alguien?— (*Blanca baja los ojos.*)

Ger. Nadie!

Trib. Cuidado!

Ger. Bonita soy yo!...

Trib. Y si llaman, no hay que abrir.

Ger. (*Con énfasis.*) Aunque fuera el Rey!

Trib. Al Rey menos que á nadie! (*Abraza otra vez á su hija, y se vá, cerrando la puerta con mucho cuidado.*)

ESCENA IV.

BLANCA, GERARDA, EL REY. (*Durante la primera parte de esta escena, el Rey permanece oculto detrás del árbol.*)

Blan. (*Pensativa, oyendo los pasos de su padre.*) Siento un remordimiento!...

Ger. Remordimiento! de qué?

Blan. Todo le inquieta y le sobresalta!... al marcharse llevaba los ojos llenos de lágrimas. Ah! me inquieta tanto! yo he debido contarle que todos los domingos, cuando vamos á misa, nos sigue un jóven... aquel jóven, ya sabeis!

Ger. Y á qué asunto irle á contar eso? — vuestro padre tiene un genio tan raro!... Si os disgusta tanto que ese jóven os siga...

Blan. Disgustarme! ah! no! — Al contrario, desde que le ví la primera vez, no puedo apartarlo de mi imaginacion: le veo continuamente... veo sus ojos clavados en los mios... le veo tan galan, tan rendido......

Gerar. Cierto, que es muy galan! (*Pasa junto al Rey, el cual le dá un puñado de escudos, que ella guarda.*)

Blan. Por fuerza debe ser...

Ger. (*Alargando la mano al Rey, que la dá mas dinero.*) Completo!

Blan. En sus ojos está retratado su corazon... grande!...

Ger. Sí! un corazon inmenso! — (*A cada palabra que dice alarga la mano al Rey, quien se la llena de escudos.*)

Blan. Valiente!...
Ger. (*Con el mismo manejo.*) Formidable!
Blan. Y al mismo tiempo... honrado.
Ger. (*Alargando la mano.*) Tierno!
Blan. Generoso.
Ger. (*Alargando la mano.*) Magnífico!
Blan. (*Con un profundo suspiro.*) Mucho me gusta!
Ger. (*Alargando la mano á cada frase.*) Su talle no tiene igual!... Pues, y los ojos! — y la frente! — y la nariz!...
Rey. (*Aparte.*) Ay! que me elogia en detalle!... maldita vieja! no me ha dejado un escudo.
Blan. Os quiero porque hablais bien de él.
Ger. Yo soy franca.
Rey. (*Aparte.*) Echa leña al fuego!
Ger. Es honrado, tierno, valiente, generoso...
Rey. (*Vaciando sus bolsillos.*) Demonio! ya vuelve á empezar!...
Ger. (*Continuando.*) Se conoce que es un gran Señor... tiene un continente tan noble, tan magestuoso... (*Alarga la mano. el Rey le hace seña de que ya no tiene nada.*)
Blan. Pues yo no quisiera que fuese grande ni príncipe; si no un cualquiera... un pobre estudiante... que esos saben amar mejor que los Señores.
Ger. Si así os agrada, puede ser que lo sea. (*Aparte.*) Qué gusto tan raro!... cosas de niña! (*Tratando de alargar la mano al Rey.*) Pero lo cierto es que ese joven os ama con locura. (*Aparte viendo que el Rey no dá nada.*) Creo que el hombre ha dado fondo: pues si no hay escudos, no hay elogios...

Blan. Espero el Domingo con una impaciencia! El último dia en misa, se me figuró que me iba á hablar, y me dió un vuelco el corazon! Ah! siempre estoy pensando en él. Y él por su parte, estoy segura de que tambien me tiene siempre presente... no es verdad?... ni piensa en otra muger, ni se acuerda de fiestas, ni de diversiones... ni de nada, mas que de mí!

Ger. (*Haciendo el último esfuerzo, y alargando la mano.*) Pondría mi cabeza!

Rey. (*Quitándose el anillo y dándoselo.*) Vaya mi sortija por tu cabeza.

Blan. Ah! quisiera tenerle, de dia, de noche, á todas horas... aquí, á mi lado... (*El Rey se acerca y se arrodilla á sus pies. Ella está vuelta al lado opuesto.*) Y poderle repetir: gózate! sé feliz!... sí!... yo te a... (*Vuélvese, vé al Rey á sus pies y queda petrificada.*)

Rey. (*Tendiéndole los brazos.*) Yo te amo! Acaba! acaba! — Ah! dilo: yo te amo! — Nada temas. Esa palabra suena tan bien en tus labios!

Blan. (*Asustada, buscando con los ojos á Gerarda que ha desaparecido.*) Gerarda!... — No hay nadie aquí!... Dios mio!... no hay nadie!...

Rey. (*De rodillas.*) Sí, hay dos amantes dichosos, que equivale á un mundo entero!

Blan. (*Temblando.*) Pero, de dónde salís?

Rey. Qué importa de dónde salgo! — yo te amo!

Blan. Dios mio!... amparadme!... — Ah! si al-

guien os há visto entrar... Dios mio! si mi padre... — salid, salid!

Rey. Salir! cuando te tengo en mis brazos!... cuando soy tuyo!... cuando eres mia!... — Tú me amas!... tú lo has dicho!

Blan. (*Confusa.*) Me escuchaba!

Rey. Sí, te escuchaba! te escuchaba!

Blan. (*Suplicante.*) Ya nos hemos visto... ya nos hemos hablado... Por Dios, salid!

Rey. Salir!... cuando mi suerte está unida á la tuya!... cuando el cielo me ha escogido para abrir tus ojos á la luz y tu corazon al amor!... Ah!... el amor es el sol que ilumina el alma! — No sientes la tuya abrasarse en un fuego celestial?... — El cetro que da y arrebata la muerte... la gloria que se alcanza en los combates... la fama, las riquezas... todo eso es humo, es nada. No hay en este mundo mas que una cosa divina: el amor! — Blanca! esta es la felicidad que tu amante te ofrece, la felicidad que tienes aquí, á tu lado!... Blanca! el amor es el alma de la vida... es la paloma unida al águila en los cielos... es la hermosura apoyada en el valor... es tu mano dulcemente olvidada entre las mias!... — Ay! amémonos, Blanca!... (*Quiere abrazarla, ella se resiste.*)

Blan. No! Dejadme!... (*El Rey la estrecha en sus brazos.*)

Ger. (*En el terrado.—Aparte.*) Bueno va!

Rey. Di que me amas!

Ger. (*Aparte.*) Pillastron!

Rey. Blanca... repítemelo!

Blan. (*Bajando los ojos.*) No me escuchabais antes?... ya lo oisteis.

Rey. (*Abrazándola con delirio.*) Ah!... soy feliz!

Blan. Soy perdida!

Rey. No: eres feliz conmigo!

Blan. (*Desprendiéndose de sus brazos.*) Pero yo no sé quién sois: decidme vuestro nombre.

Ger. (*Aparte.*) Ya era tiempo!

Blan. No sereis noble, ni grande?... mi padre los teme tanto!...

Rey. Qué he de ser!...—Yo me llamo...—(*Ap.*) qué le diré?...—Gualtero.—Soy un estudiante... muy pobre!...

Ger. (*Ocupada en contar los escudos.*) Como miente! (*Aparecen en la callejuela Pienne y Pardaillan, embozados en largas capas, con una linterna-sorda en la mano.*)

Pien. (*A Pardaillan, en voz baja.*) Aquí es.

Ger. (*Bajando precipitada del terrado.*) Que suena gente!...

Blan. (*Azorada.*) Si será mi padre!...

Ger. (*Al Rey.*) Idos, Señor.

Rey. Si yo pillára al bribon que viene á interrumpirme!...

Blan. (*A Gerarda.*) Pronto!... hacedle salir por la puerta que dá á la otra calle.

Rey. (*A Blanca.*) Y ya me he de separar de tí!—Me amarás mañana?

Blan. Y vos?

Rey. Toda mi vida!

Blan. Ah! vos me engañareis, porque yo engaño á mi padre.

Rey. Nunca!—Un abrazo, Blanca!

Ger. (*Aparte.*) Qué amigo de abrazar!

Blan. (*Resistiendo débilmente.*) No! no!...—

(El Rey la abraza y se entra en la casa con Gerardo. Blanca permanece algun tiempo, fijos los ojos en la puerta por donde él ha salido; y luego se vá por la misma. — Durante este tiempo la callejuela se llena de caballeros armados, embozados en largas capas, y con máscaras. Gordes, Cossé, Montchenu, Brion, Montmorency y Clemente-Marot van reuniéndose sucesivamente á Pienne y á Pardaillan. La noche es muy oscura. La linterna sorda que traen tiene tapada la luz. Van reconociéndose unos á otros y mostrándose la casa de Blanca. Un criado los sigue trayendo una escalera.)

ESCENA V.

LOS CABALLEROS, *luego* TRIBOULET, *luego* BLANCA. *(Blanca aparece por la puerta del primer piso, en el terrado. Trae en la mano una luz que ilumina su rostro.)*

Blan. Gualtero!... nombre adorado... grábate en mi corazon!

Pien. *(A los demas.)* Señores, ella es!

Pard. Veamos!

Gord. *(Con desden.)* Alguna hermosura de estropajo! — *(A Pien.)* Buen regalo le vas á hacer al Rey! — *(En este momento Blanca se vuelve, de modo que los Caballeros le ven la cara.)*

Pien. *(A Gordes.)* Mírala... mírala... eh?.. qué tal?

Mar. Hermosa es la villana!

Gord. Cómo!... es un ángel! es una divinidad!...

Pard. La querida del señor Triboulet!... El muy jorobado!.....

Gord. El tunante!...

Mar. La paloma con el murciélago. (*Blanca se mete dentro.—No se ve luz mas que por una vidriera.*)

Pien. Ea, Señores, no perdamos el tiempo. Puesto que hemos resuelto vengarnos de Triboulet, y que estamos aquí todos provistos de la correspondiente escalera, vamos á asaltar la casa, robamos á la querida del jorobado, la llevamos á palácio, y mañana su magestad al levantarse se encuentra con esta hermosura.

Cossé. Y qué dirá el Rey?

Mar. Salga por donde salga!.

Pien. Bien dicho. A ello.

Gord. Oh! la muchacha es bocado de Rey. (*Sale por el fondo Triboulet pensativo.*)

Trib. Yo no sé que pensamiento me ha dado... que involuntariamente vuelvo hácia aquí.... No sé!....

Cossé. (*A los Caballeros.*) Y os parece sano que acostumbremos al Rey á que se eche así sobre la hacienda del prójimo?...

Trib. (*Adelantándose.*) El anciano me maldijo! —No sé que presentimiento... (*Es tal la oscuridad que no vé á Gordes, y tropieza con él.*) Quién vá?...

Gord. (*Dirigiéndose azorado á los caballeros.*) Señores!... Triboulet!

Cossé. (*En voz baja.*) Doble triunfo! — Matémoslo.

Pien. No, hombre!

Cossé. Lo tenemos en nuestro poder.

Pien. Y mañana, de quién nos reimos?

Gord. Si lo matamos, la cosa no tiene tanto chiste.

Cossé. Nos va á estorbar.

Mar. Dejadme á mi: yo lo compondré todo.

Trib. (*Prestando el oido.*) Se han hablado en voz baja!...

Mar. (*Acercándose.*) Triboulet!

Trib. (*Sorprendido; con voz ronca.*) Quién vá?

Mar. Hombre: no me comas. — Soy yo.

Trib. Quién eres tú?

Mar. Clemente-Marot.

Trib. Ah! — está la noche tan oscura!...

Mar. Aquí venimos...

Trib. A qué?...

Mar. No lo adivinas? — A robar á Madama de Cossé, para llevársela al Rey.

Trib. (*Respirando.*) Ah!... — Me alegro!

Cossé. (*Aparte.*) Y no le rompo la cabeza!...

Trib. (*A Marot.*) Y cómo hareis para entrar en su cuarto?

Mar. (*Aparte á Cossé.*) Dadme vuestra llave. (*Cossé le da su llave: Marot se la da á Triboulet.*) Mira: no conoces esta llave?... no tocas ahí las armas de Cossé conceladas?

Trib. (*Palpando la llave.*) Si... las tres espigas... aquí están. (*Aparte.*) Ay!... es verdad!... aquí caen los jardines del palacio de Cossé. — Ya me habia yo sobresaltado. (*A Marot volviéndole la llave.*) Con que vais á robarle la muger al barrigon de Cossé?... Bien, bien!

Mar. Todos venimos con máscara.

Trib. Ya!... y no hay una para mí?

Mar. Sí! — (*Pónele una máscara y al mismo tiempo un pañuelo que le tapa ojos y orejas.*)

Trib. Y ahora?

Mar. Tú nos tendrás la escalera. — (*Llévanle de un lado á otro para que pierda el tino: arriman la escalera á la pared del terrado: Marot lleva allí á Triboulet y le hace que la sostenga.*)

Trib. (*Teniendo la escalera.*) Venís muchos?... Yo no veo nada.

Mar. Si está la noche como boca de lobo! — (*Riendo: á los demas.*) Señores no hay cuidado: ya le he puesto sordo y ciego. (*Los Caballeros suben por la escalera, fuerzan la puerta del primer piso que da al terrado, y entran en la casa. Un momento despues sale uno de ellos por la puerta del patio, y abre la que da á la callejuela: en seguida salen los demas en grupo por el mismo patio á la callejuela, trayendo á Blanca, tapada la boca, y á medio vestir, la cual se resiste.*)

Blan. (*Con voz apenas perceptible.*) Socorro!... socorro!...

Los Cab. (*Alejándose con ella.*) Victoria! — (*Desaparecen.*)

Trib. (*Solo, teniendo la escalera.*) Me harán estar aquí toda la noche? — Cuándo acaban de salir?... qué pesadez! — (*Suelta la escalera, lleva la mano á su máscara, y encuentra el pañuelo.*) Me han vendado los ojos!... (*Arráncase el pañuelo y la máscara. A la luz de la linterna que se han dejado olvidada en el suelo, vé una cosa blanca, la levanta, y reconoce el velo de su hija: vuélvese, y ve

la escalera arrimada á la pared del terrado, y la puerta abierta: entra como una furia y aparece, un momento despues, trayéndose á Gerarda á medio vestir, y con un pañuelo por mordaza. La mira con estupor... arráncase los cabellos, dando gritos inarticulados. Al fin recobra la voz, y esclama con un acento que solo la inspiracion del instante podrá revelar al actor.) **Oh!... maldicion!!...** *(Cae sin conocimiento.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Antecámara del Rey en el Louvre. — En el proscenio mesa y sillon. — En el fondo una gran puerta de relieves dorados.—A la izquierda la puerta de la habitacion del Rey.—A la derecha un aparador con vajillas de oro y de esmalte.

ESCENA PRIMERA.

LOS CABALLEROS.

Gord. Ahora preparemos el desenlace de la aventura.

Pard. Es preciso hacer que Triboulet rabie y se devane los sesos, sin que llegue á averiguar que su querida está aquí.

Cossé. Y si los porteros nos han visto entrar con ella?

Montch. Todos los ugieres de palacio tienen ya órden de decirle que no han visto entrar esta noche muger ninguna.

Pard. Y ademas, un lacayo mio, travieso como el mismo demonio, ha trabado conversacion con los criados del bufon, y les ha contado que habia visto anoche una muger que llevaban robada hácia el palacio de Hautefort.

Cossé. (*Riendo.*) Bravo!... el palacio de Hautefort está al otro estremo de Paris.

Gord. Vamos á volverle loco!

Mar. Pues yo, esta mañana, le he enviado este billete: (*Saca un papel y lée.*) «Triboulet: »acabo de robarte tu querida, y me la llevo »conmigo fuera de Francia."— (*Todos rien.*)

Gord. Y quién firma?

Mar. Juan de Nivelles. (*Redóblase la risa.*)

Pard. Va á perder el juicio!

Cossé. Ya estoy deseando verle!

Gord. En un dia nos vá á pagar todas las que nos ha hecho. (*Abrese la puerta lateral. Sale el Rey, acompañado de Pienne, y vestido de un magnífico deshabillé de mañana. Todos los cortesanos se colocan en fila y se descubren. El Rey y Pienne rien á carcajadas.*)

Rey. (*Señalando la puerta del fondo.*) Y está allí?

Pien. Sí Señor: la querida de Triboulet!

Rey. Soplarle la dama á mi bufon!... es cosa chistosa!

Pien. Su dama.... ó su muger!

Rey. (*Aparte.*) Con muger y con hija!... no le creia yo tan padre de familias.

Pien. Vuestra Magestad quiere verla?

Rey. Por supuesto! (*Pienne sale, y vuelve, un momento despues, sosteniendo á Blanca, cubierta con un velo, y con paso vacilante.—El Rey se sienta con familiaridad en su sillon.*)

Pien. (*A Blanca.*) Entrad, hermosa: luego tendreis tiempo de temblar. Estais delante del Rey.

Blan. El Rey!... aquel jóven! — (*Corre á echarse á sus pies: al oir la voz de Blanca,*

el Rey se sorprende y hace seña á todos de que salgan.)

ESCENA II.

EL REY, BLANCA. (*El Rey así que se vé solo con Blanca, la alza el velo.*)

Rey. Blanca!

Blan. Gualtero! cielos!...

Rey. (*Riendo.*) Vive Dios que la equivocacion ha sido feliz! — Blanca hermosa, amor mio, ven á mis brazos!

Blan. (*Retrocediendo.*) El Rey!... el Rey!... dejadme, Señor! — Dios mio!... que es esto?... estoy soñando? — Gualtero... — No: seis el Rey. — (*Cayendo á sus pies.*) Ah! quien quiera que seais, tened compasion de mí!

Rey. Compasion de tí, Blanca!... yo, que te adoro! — Todo lo que Gualtero te ha dicho, te lo repite Francisco I. Me amarás ménos porque soy Rey? — Tú me tenias por un pobre estudiante. Pues bien; porque la suerte me haya hecho nacer un poco mas arriba, me has de aborrecer? — (*Riendo.*) Si no tengo la fortuna de ser villano, qué le hemos de hacer!

Blan. (*Aparte.*) Cómo se burla!... Dios mio! — y no me caigo muerta!

Rey. Mira: aquí te esperan danzas, tornéos, festines... mil placeres, que gozarás conmigo. Blanca, la vida es gozar... lo demas no es vida.

Blan. (*Aterrada y retrocediendo.*) Oh! qué diferencia de aquel!... dónde están ya mis ilusiones! (*Apartándole.*) Dejadme! — infeliz de mí!

Rey. Sabes tú lo que yo soy? sabes que la Francia entera es mia?... que tengo á mis pies quince millones de hombres?... Riquezas, honores, placeres, poder absoluto sin freno ni ley; todo lo tengo yo, todo es mio... yo soy el Rey! — Pues bien, tú serás la soberana de este soberano. Blanca, yo soy Rey, y tú serás Reina!

Blan. Reina!... y vuestra esposa!

Rey. (*Riendo.*) Simplecilla!... mi esposa no es mi querida.

Blan. Vuestra querida!... Oh! qué vergüenza!

Rey. Miren, la orgullosa!

Blan. Yo no pertenezco á vos: yo pertenezco á mi padre.

Rey. Tu padre! mi bufon! Triboulet!... tu padre me pertenece á mí, yo hago de él lo que me acomoda.

Blan. (*Llorando amargamente.*) Ah! mi pobre padre! — Con que aquí todo es vuestro!

Rey. (*Se echa á sus pies.*) Blanca! yo te amo!... Blanca!... no llores. Ven, ven á mi corazon!

Blan. Jamás!

Rey. (*Con ternura.*) Aun no me has repetido que me amas!

Blan. Eso se acabó!

Rey. Te he afligido sin querer... no llores así! — Quisiera morirme, Blanca, primero que hacerte derramar una lágrima! El hombre que hace llorar á una muger es un villano!

Blan. (*Deslumbrada.*) Ah! si!... esto no ha sido mas que una chanza, es cierto? — Vos sois el Rey — yo tengo á mi padre... á mi padre... que me estará llorando — mandad que me

vuelvan á su poder... que me lleven á mi casa... yo vivo junto al palacio de Cossé... pero bien lo sabeis vos!... allí estuvísteis... ó no sois el mismo?... Dios mio! yo he perdido el juicio... ó estoy soñando! — (*Llorando.*) Yo os amaba tanto!... y ahora (*Retrocediendo asustada.*) ah! sois el Rey! — os tengo miedo!

Rey. (*Procurando abrazarla.*) Me tienes miedo... inocente!

Blan. (*Apartándolo.*) Ah! dejadme!

Rey. (*Estrechándola mas.*) Hagamos las paces.

Blan. (*Luchando.*) No.

Rey. (*Aparte.*) Blanca.!...

Blan. (*Escapándose de sus brazos.*) Dejadme! — Ah! esa puerta... (*Vé la puerta de la habitacion del Rey abierta, se precipita por ella, y la cierra con violencia.*)

Rey. *Tomando una llavecita de oro de su cinturon.*) Oh! aquí tengo yo la llave. (*Abre la puerta, entra, y la vuelve á cerrar.*)

Marot. (*Asomándose á la puerta del fondo.*) Se ha escapado por las habitaciones interiores. (*Llamando á Gordes.*) Eh! Conde!

ESCENA III.

MAROT, *luego* LOS CABALLEROS, *luego* TRIBOULET.

Gord. Dónde se han ido?

Mar. Ha echado á correr por esas habitaciones y el Rey la sigue.

Pard. (*Riendo.*) Pobre Triboulet!

Pien, (*Que estaba á la puerta en observacion.*) Chit!... aquí viene.

Gord. (*En voz baja.*) Disimulemos... hablemos de cualquier cosa.

Mar. El, anoche, no habló á nadie mas que á mí.

Pien. Chit!... aquí está. (*Sale Triboulet. Nada ha cambiado en él. El mismo trage y aspecto indiferente de bufon. Solo se le nota una estremada palidez.*)

Pien. (*Como continuando una conversacion, y guiñando á los demas que apenas pueden contener la risa.*) Pues, si señor, en aquella época fué—Buenos dias, Triboulet!—cuando se compuso aquella cancion... aquella cancion, que dice...

(*Canta.*) «Al frente de Marsella,
»Así dijo Borbon:
»qué hermosa es la doncella
»que está en el torreon!"

Trib. (*Conti.*)—»Y todos por la escala,
»con ademan feroz,
»soplándose los dedos,
»subieron á su voz."

(*Risas y aplausos irónicos.*)

Todos. Bravo!

Trib. (*Que se ha adelantado hácia el proscenio.—Aparte.*) Dónde estará?—(*Repite el final:*)
«Soplándose los dedos,
»subieron á su voz."

Gord. Bravo, Triboulet! (*Aplaudiendo.*)

Trib. (*Aparte.—Examinando las caras de to-*

dos.) Todos estos han sido: no hay duda.

Cossé. (*Dándole en el hombro con risa hueca.*) Eh! eh!... qué hay de nuevo, bufon?

Trib. (*A los demás.*) Qué risa tan lúgubre tiene este buen señor! (*Remedándole.*) Qué hay de nuevo, bufon?

Cossé. (*Riendo.*) Vaya, dinos algo.

Trib. (*Mirándole de pies á cabeza.*) Pues digo que cuando queréis hacer el gracioso, sois mas inaguantable que nunca. (*Durante la primera parte de esta escena, Triboulet no cesa de buscar, de examinar, de escudriñar. Por lo general, solo sus miradas indican este estado de zozobra; pero algunas véces, cuando cree que no le observan, su inquietud se manifiesta, ya moviendo un mueble, ya levantando el picaporte de una puerta, á ver si está cerrada. A pesar de su violenta situacion, habla con todos, como de costumbre, en tono burlon y desembarazado. Sus transiciones de lo melancólico á lo burlesco deben ser sumamente bruscas y estremadas, como de hombre que tiene el hábito de reir siempre, aun estando con el alma despedazada.—Los caballeros se hacen señas entre sí, burlándose con cierto disimulo.*)

Trib. (*Aparte.*) Dónde la habrán escondido?— Si se lo pregunto, van á reirse de mí!—(*Llegándose á Marot, con tono festivo.*) Marot, mucho celebro que no hayas pillado un catarro esta noche!

Mar. (*Fingiendo sorpresa.*) Esta noche!

Trib. (*Con tono de inteligencia.*) Vamos!... la espedicion fué chistosa!

Mar. Qué espedicion?
Trib. Hombre!... la de anoche.
Mar. (*Con candor.*) Qué!... si así que dieron las nueve me metí en la cama, y hasta muy entrado el dia no me he levantado!
Trib. Ah! tú no saliste anoche?... Pues lo he soñado. (*Ve un pañuelo en una mesa, y le echa mano.*)
Pard. (*Aparte á Pienne.*) Duque, Duque!... mirad como examina la marca de mi pañuelo.
Trib. (*Dejando caer el pañuelo.*) (*Aparte.*) No es de ella!
Pien. (*A varios de ellos, que se rien en el fondo.*) Señores!... señores!...
Trib. (*Aparte.*) Dónde estará!
Pien. De qué os reis tanto?
Gord. (*Señalando á Marot.*) Este nos está haciendo reir!
Trib. (*Aparte.*) Qué alegres están hoy!
Gord. (*A Marot, riendo.*) cuenta, cuenta.
Trib. (*A Pienne.*) No se ha levantado el Rey todavía?
Pien. Todavía no.
Trib. Y no se oye ruido en su cuarto? (*Va á acercarse á la puerta: Pardaillan lo detiene.*)
Pard. No vayas á despertar á su Magestad! (*Sale un gentil-hombre de la Reina.*)
Pien. Qué hay?
Gentil-h. La Reina, mi ama, desea ver al Rey para una cosa urgente.—(*Pienne le dá á entender que es imposible: el gentil-hombre insiste.*) Pues Diana de Poitiers no está ahora con él.
Pien. (*Con impaciencia.*) Es que el Rey no se ha levantado.

Gentil-h. Señor Duque!... si hace un momento que estaba aquí con vosotros. (*Pienne impaciente hace al gentil-hombre señas, que este no entiende, y que Triboulet observa con profunda atencion.*)

Pien. El Rey ha ido á caza!

Gentil-h. Sin picadores ni monteros!... Todos están en palacio.

Pien. (*Aparte.*) Demonio de hombre!—(*Al Gentil-hombre hablándole colérico, y junto á su misma cara.*) Os he dicho — me entendeis? — que el Rey no puede ver á nadie!

Trib. (*Rompiendo con voz de trueno.*) Aquí está! — en el cuarto del Rey! (*Asombro general.*)

Gord. Se há vuelto loco?—quién está aquí?

Trib. Oh! Bien sabeis de quien hablo!.. no os hagais los desentendidos!—La muger que robásteis anoche vosotros... Sí, todos vosotros!... Cossé, Pienne, Brion, Montmorency... la muger que robásteis anoche en mi casa... — tambien estábais vos, Pardaillan! — Yo la recobraré, señores...— aquí está!

Pien. (*Riendo.*) Señores, Triboulet ha perdido su querida, y piensa...

Trib. (*Con indignacion.*) Yo pido mi hija!

Todos. Su hija! (*Sorpresa general.*)

Trib. Mi hija! Sí, señores!— Ola! callais? os sorprende que este bufon sea padre?... que tenga una hija?... los lobos y los grandes no tienen tambien hijos?—Acabemos: yo quiero á mi hija. — Eh! basta de misterios... basta de burlas!... Señores, os digo que quiero mi hija!... (*Arojándose á la puerta.*) Aquí está!

(*Todos los Caballeros se colocan delante de la puerta y se lo estorban.*)

Mont. Está furioso!...

Trib. (*Retrocediendo con desesperacion.*) Cortesanos!... cortesanos!... raza infernal! — me han robado mi hija estos bandidos! — Y qué es el honor de una muger para estos hombres, que trafican con sus esposas, que se las venden á un Rey corrompido, por un collar, por un título... (*Mirándoles cara á cara.*) Hay alguno de vosotros que me desmienta? no digo la verdad, nobles señores? — Sí; por un título, por un pergamino, venderíais vosotros, si ya no lo hubiérais hecho, (*A Brion.*) tú, á tu muger! — (*A Gordes.*) tú, á tu hermana! — (*Al jóven Pardaillan.*) Tú, á tu madre! — (*Los cortesanos le vuelven la espalda. Pardaillan se acerca al aparador, échase vino y bebe.*) Quién lo diría! — Condes, Duques, Pares... un descendiente de Carlo-Magno, un nieto del Duque de Milan... un Gordes, un Pienne, un Pardaillan... y vos, un Montmorency!... lo mas ilustre de Francia, haber ido en cuadrilla á robarle la hija á este miserable! — Pero no; á tan nobles estirpes no pueden pertenecer corazones tan bajos; no! vosotros no descendeis de ellas: esos apellidos que ostentais son una mentira. — Vuestras madres fueron... lo que son vuestras esposas: todos vosotros sois bastardos!

Gord. Insolente!... (*Indignacion entre los cortesanos.*)

Trib. Veis esta mano?... no es la mano de un noble... es la mano de un siervo, de un villa-

no!... no empuña una espada... pero tiene uñas con que despedazaros!—Ah! volvedme mi hija!...—Esa puerta!... abridla!... (*Arrójase de nuevo como una furia á la puerta que defienden todos los caballeros. Lucha con ellos algun tiempo, y al fin viene á caer al proscenio jadeando y de rodillas.*) Tantos contra mí! —(*Deshecho en lágrimas y sollozos.*) Ah!... me veis llorar?... Pues bien; tened lástima del pobre bufon!... por lo que tanto os ha hecho reir!... y perdonadle si alguna vez os ha ofendido... os lo pido de rodillas, veis?... (*Acercándose de rodillas hácia ellos.*) apiadáos de mí!... soy contrahecho! soy desgraciado!... Compadecedme!... Señores!... volvedme mi hija!...—ahí la teneis, en el cuarto del Rey.—(*Dirigiéndose á unos y á otros.*) Mi hija!... mi hija!... (*Todos callan: levántase desesperado.*) Ah! no sabeis mas que reiros ó callar!... os gozais en ver á un pobre padre mesarse los cabellos y arrancarse á pedazos el corazon! (*Abrese repentinamente la puerta del cuarto del Rey. Sale Blanca ciega y desatentada y viene á caer en los brazos de su padre dando un grito terrible.*)

Blan. Ah!... padre mio!

Trib. (*Estrechándola en sus brazos.*) Hija mia!... ah!... ella es!... mi hija!—Ah! Señores!... veis?... (*Sollozando y riendo á un tiempo.*) esta es mi hija... mi tesoro... mi universo entero!— Blanca mia, no llores... no temas ya nada... se han compadecido de mí y te vuelven á mis brazos.... Ya no volverán á llevarte... (*A los cortesanos.*) no es verdad? — Ah! ya lo

he olvidado todo... estás conmigo... ya soy feliz! — (*Mirándola con inquietud.*) Pero... por qué lloras así?

Blanca (*Tapándose con las manos el rostro, bañado de lágrimas.*) Qué vergüenza!

Trib. (*Estremeciéndose.*) Qué dices!... habla!...

Blan. (*Ocultando la cara en el pecho de su padre.*) A vos solo!

Trib. (*Volviéndose con temblor convulsivo hácia la puerta del cuarto del Rey.*) Oh!... el infame! — (*Dando algunos pasos hácia los cortesanos, y con tono imperioso.*) Salid de aquí!— y si el Rey Francisco primero se dirige á esta sala, decidle que no entre.... decidle que hay aquí un padre! — (*Retíranse todos, como subyugados por el acento solemne de Triboulet.—Siéntase en el sillon del Rey, y acerca á sí á Blanca.*)

ESCENA IV.

BLANCA, TRIBOULET.

Trib. Habla ahora.

Blan. (*Interrumpiéndose con sollozos.*) Padre mio!... perdonadme!... ah! la primera culpa fué mia!— Él me seguía hace mucho tiempo... —yo debia habéroslo contado— no me hablaba nunca... pero...

Trib. (*Limpiándola los ojos.*) Vamos....

Blan. Ese jóven iba todos los Domingos á la iglesia...

Trib. Sí! el Rey!

Blan. Yo no lo sabía!... ayer se introdujo en casa.. y...

Trib. Basta, no digas mas: todo lo adivino!—

(*Levantándose.*) Ah! la ha hundido en el oprobio y en el desprecio! — Blanca! único abrigo de este ser maldecido de los hombres! único objeto puro y sagrado que yo veia en este mundo! donde iba á reposar mis ojos, fatigados de contemplar en todas partes vicio, adulterio, infamia, libertinage!.. — Sí! oculta tu frente, — llora, hija mia!... llora! — á tu edád casi todas las penas se resuelven en llanto. — Ah! derrámalo en el seno de tu padre! — (*Cavilando.*) Blanca; así que yo haga... lo que pienso hacer... saldremos de Paris. — Y si yo sucumbo... tú... — (*Con furor.*) Maldicion sobre tí, Francisco primero! ojalá el Dios que me está oyendo abra su mano, y te deje caer mañana en la tumba que se abrirá á tus pies!

Blan. (*Horrorizada.*) Ah!... (*Aparte.*) Dios mio! no lo escucheis!... yo le amo todavia.

(*Ruido en el fondo del teatro: aparece en la galería esterior una comitiva de soldados y caballeros. A su cabeza va Pienne.*)

Pien (*En alta voz.*) De órden del Rey, ábrase la berja al Conde de Saint-Vallier que vá preso á la Bastilla. (*El grupo de soldados desfila por el fondo: al pasar Saint-Vallier, se detiene y dirige la vista al cuarto del Rey.*)

Saint-Val. Ya que mi maldicion no ha suscitado ni un brazo en la tierra, ni un rayo en el cielo — nada espero. Este Rey debe prosperar.

Trib. (*Levantando la cabeza y mirándolo.*) Conde de Saint-Vallier, os engañais. — Alguno os vengará!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La brilla desierta del Sena. — A la derecha una miserable hospedería, cuya puerta está en el frente que dá á la escena: ábrese hácia adentro, y tiene encima la insignia de posada. En el frente que mira el espectador hay una gran ventana muy baja y ancha, que, abierta, permite ver casi todo lo que pasa en la primera sala. Sus paredes están ruinosas y llenas de grietas. — A la izquierda un parapeto, detrás del cual corre el Sena. — En el fondo, allende el rio, se vé la antigua Paris.

ESCENA PRIMERA.

TRIBOULET, BLANCA, *vestida de hombre.* SALTABADIL, *dentro de la hospedería. (Durante esta escena, Triboulet manifiesta el azoramiento de quien medita un plan arrojado y terrible: sus miradas se fijan á menudo en la hospedería. — Dentro de ella Saltabadil sentado se ocupa en limpiar su cinturon, sin oir lo que pasa fuera.)*

Trib. Con que le amas!

Blan. Ah! sí Señor.

Trib. Y no has tenido tiempo suficiente para curarte de ese amor insensato?

Blan. Le amo todavía.

Trib. Oh! miserable corazon de la muger! — Pero en qué te fundas para amarle?

Blan. No sé.

Trib. Es posible!

Blan. No lo sé, padre mio. — Yo tambien le he preguntado eso mismo mil veces á mi corazon... y no puedo esplicaros lo que pasa en él. La razon me dice que ese hombre es falso, aleve, que me ha engañado... — Pues bien, todas esas razones se ahogan, se aniquilan, desaparecen en un volcan de amor que siento aquí, y que cada palabra, cada mirada suya enciende con nueva fuerza... Ah! perdonadme!...

Trib. Te perdono, pobre criatura!

Blan. Y si realmente me amase?

Trib. No, loca!

Blan. Me lo ha dicho, me lo ha jurado con tanta ternura!...

Trib. Infame! — Yo me vengaré.

Blan. Pues qué! no le habíais ya perdonado?

Trib. Perdonarle!

Blan. Y de un mes á esta parte, hasta se me figuraba veros mas afable con él: no os separais de su lado un instante...

Trib. Eso aseguraba mi venganza.

Blan. Qué decís, padre?

Trib. Dime: y si averiguáras que te engaña... que ama á otra... ó por mejor decir, que no ama á nadie?

Blan. Ah! no lo creo.

Trib. Pero ¿y si lo vieras... si lo vieras con tus propios ojos?

Blan. No es posible!

Trib. Siento pasos... él será. — Blanca, prepárate al horrible desengaño... apártate... ahí, detras del parapeto. (*La hace ocultarse detras de las ruinas del parapeto.*)

ESCENA II.

TRIBOULET, EL REY, BLANCA *oculta.* (*El Rey sale vestido de oficial y embozado.*)

Rey. Ola!... quién va? — Triboulet!

Trib. (*Yendo á su encuentro.*) Señor.

Rey. La oscuridad de la noche casi me hace perder el tino. — Esta es la casa?

Trib. Esta.

Rey. Sí, ya la distingo. (*Riendo.*) Qué casa! — Por San Dionís! El dia que me llevaste á ver esa gitana celestial que me hechizó, creí que debia habitar en un paraiso. ¡Cuándo me hubiera figurado que aquel talle aéreo, aquellos ojos de fuego se encerraban en esa huronera... en ese zaquizamí!

Trib. Muchas veces un vaso tosco contiene el mas esquisito licor... y un cuerpo contrahecho el alma mejor templada.

Rey. Como la tuya. Sí — déjate de moralidades, que no podian llegar en peor sazon. — Me has preparado el campo?

Trib. Perfectamente.

Rey. Pues voy. (*Acércase y llama.*)

Saltab. Quién?

Rey. Hospedaje. (*Saltabadil vá á abrir.*)

Trib. (*Trayendo á Blanca.*) Has oido?

Blan. Nada.
Trib. Y no has visto?
Blan. Un hombre.
Trib. No le has conocido! — Aguarda. (*Así que el Rey entra, Saltabadil vuelve á cerrar.*)
Trib. (*A Blanca.*) Mira. — (*Le designa una de las grietas de la pared de la casa: ella se pone á mirar.*)
Rey. (*A Saltab.*) Dos cosas aquí al momento.
Saltab. Qué?
Rey. Tu hermana y una botella.
Blan. (*Estremecida.*) Padre mio! — (*Durante la escena permanece cosida á la pared, mirando y oyendo: de cuando en cuando un temblor convulsivo la agita.*)
Trib. Ah! el remedio es terrible, hija mia; pero tu corazon sanará. Mira, mira el hombre que amas. (*Saltabadil trae una botella y un vaso que pone sobre la mesa. Da con el pomo de su espada dos golpes en el suelo: á esta señal una hermosa gitanilla baja de la habitacion superior por una escalerilla que se ve en el fondo. El Rey trata de abrazarla; pero ella se le escapa con gracia y zalamería.*)
Rey. (*A Saltabadil que se ha puesto á limpiar su cinturon.*) Compadre, ese cuero se pone mas brillante limpiándolo al aire libre.
Saltab. Ya. (*Se levanta, abre la puerta y sale. Vé á Triboulet, y se dirige á él misteriosamente. — El Rey y la gitanilla siguen jugueteando.*)
Saltab. (*Bajo á Triboulet señalando la casa.*) El hombre está ahí ya. — ¿Se hace el negocio?

Trib. Sí: vuelve dentro de un instante. (*Le hace señal de que se aleje. Saltabadil desaparece por detras del parapeto.*)

Magd. (*Huyendo del Rey que la quiere abrazar.*) Quietecito!

Rey. Quién me hubiera dicho el primer dia que vi esos ojos que eras tan uraña, hermosa mia! — Ven acá. Sabes que desde aquel momento no he pensado mas que en tí?

Magd. De veras?

Rey. Ah! y. tanto! — Te amo, te adoro!... A nadie amo en el mundo mas que á tí!

Magd. (*Riendo.*) Y á otras veinte. Teneis cara de libertino.

Rey. Un tanto cuanto. Algunas docenas de muchachas habrá por esos mundos que echarán pestes contra mí.

Mad. Miren el vanidoso!

Rey. Pero te juro que por ninguna de cuantas he conocido hubiera hecho el sacrificio de embutirme en esta pocilga, gustar este infame brebage y contemplar la geta de ese cuadrúpedo hermano que Dios te dió. Sólo por tí lo haria, hermosa! por tí me parece este tugurio un palacio... y aquí me estaré contigo, olvidado del mundo todo!

Magd. (*Aparte.*) Se queda: bueno! — (*Al Rey que quiere abrazarla.*) Vamos! ya he dicho que haya juicio.

Rey. No te enfades!

Magd. Pues estaos quieto.

Rey. Magdalena!... Vamos, un abrazo!

Magd. Mañana.

Rey. Mañana dices?... Y este fuego en que me

abraso ahora!... Pero yo lo templaré en las aguas del Sena. Me voy á tirar al rio. (*En ademan de irse.*)

Magd. (*Aparte.*) Deténgamosle.—(*Sentándose en una banqueta al lado del Rey.*) Vaya; hagamos las paces.

Rey. (*Tomándole una mano.*) Ah! qué mano tan linda tienes! Con mas gusto recibiría de esta un bofeton, que mil caricias de otras.

Magd. (*Con interes.*) Zalamero!...

Rey. Ingrata!

Magd. Te estás burlando.

Rey. No lo creas.

Magd. Mi mano es fea.

Rey. Fea!... una mano que hace perder la chaveta á todo un capitan de mi calibre!— Ah! déjame que la bese!

Magd. Estais borracho!

Rey. De amor!

Magd. Esta mano la besará su dueño... cuando lo tenga.

Rey. Yo lo seré.

Mad. Cómo!

Rey. Me casaré contigo.

Magd. (*Riendo.*) Me dais palabra?

Rey. Y mano. (*Se la besa.*) Criatura encantadora! (*Blanca no puede sufrir mas; retírase pálida y trémula y se apoya en su padre.*)

Blan. Ah! padre!...

Trib. Qué dices ahora!

Blan. Ingrato!... infame!... ah! cómo me engañaba! Pero ese hombre es un mónstruo... sin corazon, sin alma!... Decir á esa muger las mismas cosas que me decía á mi!—Y ella...

(*Ocultando el rostro en el pecho de su padre.*) qué muger!... qué muger!...

Trib. (*En voz baja.*) Calla! — Y ahora, Blanca mia; ahora que estás desengañada... ¿Consientes? consientes sin repugnancia?

Blan. Sí, sí... cuanto mandeis... os obedezco.

Trib. Te doy gracias, Dios mio! — Pues bien; nuestro fiel criado te espera en la puerta con caballos, con dinero: anda, hija mia, toma el camino de Evreux, y no te pares un instante: pasado mañana llegaré yo á reunirme contigo. — Abrázame. — Adios!

Blan. Por qué no venís conmigo?

Trib. Me es imposible ahora... tengo que ir á palacio... Anda, y no dejes ese disfraz hasta que yo me reuna contigo.

Blan. (*Aparte.*) Ahí lo dejo... con esa muger!... Ah!...

Trib. Ea, á Dios. — (*La abraza.*) Haz lo que te he dicho. (*Blanca se va echando una mirada hácia la casa. — Durante la anterior escena, el Rey y Magdalena continúan haciéndose caricias. — Triboulet se acerca al parapeto y hace una seña. Aparece Saltabadil.*)

ESCENA III.

TRIBOULET, SALTABADIL, *fuera.* EL REY Y MAGDALENA, *dentro.*

Trib. (*Contando unos escudos.*) Me pediste veinte escudos: toma ahora diez... (*Deteniéndose.*) Pero ¿sabrás detenerlo hasta verificar lo tratado?

Saltab. (*Mirando el cielo.*) El cielo está cubierto: antes de un cuarto de hora llueve; y entre la lluvia y mi hermana le detendremos lo que convenga.

Trib. (*Aparte.*) En palacio no le echarán de menos: muchas noches no vuelve hasta el amanecer. —

Saltab. Con que...

Trib. A las doce volveré.

Saltab. No hay para qué: yo basto para echar un muerto al Sena.

Trib. No: quiero echarlo yo mismo!

Saltab. Como gusteis.

Trib. Toma los diez escudos. — A las doce, estás? — Y te daré los otros diez.

Saltab. Corriente. — Y cómo se llama el amigo?

Trib. Quieres saber su nombre? quieres saber tambien el mio? — Él se llama el crímen, y yo la venganza! — (*Váse.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* TRIBOULET. (*Algunos relámpagos muy lejanos.*)

Saltab. Ya se acerca la tormenta: mejor; así no quedará un cristiano por estos alrededores. (*Examina el cielo.*)

Rey. (*Queriendo abrazarla.*) Magdalena!

Magd. Vamos!

Rey. Desdeñosa!

Magd. Testarudo!

Rey. Y por qué has de abrigar en ese cuerpo tan lindo un corazon duro?

Magd. Vaya! que viene mi hermano. (*Entra Saltabadil, y cierra la puerta.*)

Rey. Qué importa! (*Trueno lejano.*)

Magd. Un trueno.

Saltab. Va á caer un aguacero, que ya, ya!

Rey. Mejor; que llueva.—Enciende fuego.

Saltab. Adentro está el hogar.

Magd. Qué! no os vais todavía? vuestra familia va á estar con cuidado. (*Saltabadil la tira del vestido.*)

Rey. Yo no tengo padre ni madre, ni hijos, ni abuela, ni nadie que me llore.

Saltab. (*Aparte.*) Mejor!—

Rey. Tú, mostrenco, llévame adentro otra botella y algun fiambre.—(*Empieza á llover.*)

Saltab. Volando.

Magd. (*Que ha encendido una lámpara, le dice al Rey en voz baja.*) No: marchaos!

Rey. Con este aguacero! Me gusta la hospitalidad!—Vamos, vamos.—(*A Saltabadil.*) Y tú observa y avísame así que escampe. (*Mirando por la ventana.*)

Saltab. (*Aparte á Magdalena mostrándole los escudos.*) Ya puedes callar y detenerle.—Mira: diez escudos de oro!... y luego á las doce, otros diez.—(*Tomándole la lámpara y dirigiéndose al Rey.*) Cuando gusteis.

Rey. (*Dejando en una silla su capa y espada.*) Vamos. (*Entranse.—Magdalena queda doblando la capa.*)

Magd. Qué lástima!... Es tan galan!—Vale mucho mas de veinte escudos!—(*Entrase.*)

ESCENA V.

BLANCA.

Ya marchó mi padre.—Ah! si supiera que le desobedezco... que vuelvo á este sitio... Pero no puedo contenerme.—Pensar que está aquí... con otra muger!—Ah! me engañaba!—Y he de partir sin echarle en cara su infamia?... sin gozarme en su confusion?... sin humillarlo?—Imposible. Yo partiré: sí; me alejaré de aquí para siempre; pero antes... Oh! quiero sorprenderlo en los brazos de esa muger... quiero dejar un remordimiento en su alma!... Este disfraz me favorece para entrar... Sí: entremos. Veamos antes...—Hay luz. (*Dirígese á la grieta —Salon Saltabadil y Magdalena.*)

ESCENA VI.

BLANCA *fuera*: SALTABADIL, MAGDALENA *dentro*.

Magd. Hermano!
Saltab. Vamos; poca parola.
Magd. Pero ¿no es un dolor?—Tan galan! tan jóven!
Saltab. Calla, calla.
Magd. Te digo que no le mates.
Blan. (*Estremeciéndose.*) Cielos!
Saltab. Friolera! con esta piedra atada á los pies irá al rio.
Magd. Pero...
Saltab. No te metas tú en mis negocios, Magdalena!

Magd. Pero te ha hecho algo á tí?

Saltab. Á mí nada; pero yo hago mi oficio.

Magd. Y has de matar á un capitan jóven, buen mozo, por dar gusto á un maldito jorobado...

Saltab. Si el jorobado me paga por matar al buen mozo; es claro.

Magd. Haz una cosa: cuando el jorobado vuelva á darte los otros diez escudos, mátalo á él.

Blan. Oh! padre mio!

Saltab. Estás loca?... Á un parroquiano!...

Blan. Cielos! que horror! (*Retirándose.*) Ah! yo quiero salvarlo!...

Magd. Te digo que no quiero.

Saltab. (*Sacando su puñal.*) Vamos, quítate de enmedio.

Magd. (*Deteniéndolo.*) No te dejo entrar.

Blan. Pediré socorro... (*Dá algunos pasos.*) Pero todo se descubriria... y estos denunciarían á mi padre!...

Saltab. Magdalena... Tú quieres arruinarme con tus caprichos!...

Magd. No; pero esta vez... no sé!... en fin... si te empeñas, lo llamo y lo pongo en la calle...

Saltab. Y los diez escudos?

Magd. (*Cerrándole el paso.*) No quiero que muera.

Blan. Ah! que conflicto!—Valor! llamaré: entraré: acaso mi presencia baste á contener el crímen...

Saltab. Quita!

Magd. No te dejo!

Blan. Ó moriré con él!... (*Llama á la puerta.*)

Saltab. Han llamado!

Magd. Sí.—Ah! que idea!— Mira: si es alguno

que viene á pedir hospedage — qué mas te da? ponlo en lugar del capitan — la noche es oscura — el jorobado no lo verá... ademas tú le ayudas á echarlo al rio...

Saltab. Pero muger! engañar así!

Magd. Pues escoge.

Blan. Cielos! no responden! (*Llama con mas fuerza.*)

Saltab. Veamos quien llama. (*Mirando.*) Quién?

Blan. Un viajero que pide hospedage.

Magd. Lo ves? — Es cosa hecha. Voy á entretener al otro.

Saltab. Verás si por tu culpa... Aguarda: cierra antes esa ventana. (*Colócase detras de la puerta con el puñal levantado.*)

Magd. (*Cerrando la ventana.*) Se ha salvado el capitan!

Blan. (*Impaciente, llamando.*) Abrid! — Dios mio! sálvanos! (*Abrese la puerta. — Entra Blanca, y se vuelve á cerrar rápidamente. — Oyense algunos truenos y de cuando en cuando un relámpago alumbra la escena, que queda vacía breves instantes.*)

ESCENA VII.

TRIBOULET.

En fin, voy á verme vengado! — (*Mirando la puerta.*) Por allí, en siendo las doce, me lo entregarán. — Aun no han dado... y ya estoy aquí. Esperaré saboreando mi venganza. — (*Truena.*) Qué noche! una tempestad en el cielo! un asesinato en la tierra! ... la cólera de

Dios parece que responde á la mia.—Yo asesino á un Rey... y qué Rey! el que tiene en su mano la balanza del mundo.—Qué trastorno va á causar en la Europa entera esta mano, cuando arroje su cadáver al Sena!—Cuando pienso que si mañana Dios preguntase á la tierra: «¿Qué volcan ha reventado en tu seno? ¿quién conturba esas naciones? Clemente-séptimo, Doria, Cárlos-quinto, Soliman, ¿quién agita vuestros imperios? ¿quién trastorna así la faz de la tierra?" la tierra asombrada responderia: Triboulet!—Oh! gózate, miserable: la venganza de un bufon hace estremecer el mundo!—(*Al ruido de algunos truenos lejanos, óyense dar las doce de un reloj distante.*) Las doce!—(*Acércase á la casa y llama misteriosamente á la puerta.*)

Saltab. (*Dentro.*) Quién?

Trib. Yo.

Saltab. (*Dentro.*) Voy.

Trib. Pronto.—(*Abrese la puerta.*)

Saltab. No entreis. (*Aparece Saltabadil trayendo á cuestas el cadáver de un hombre muy envuelto en la capa del Rey.—No hay luz en parte alguna. La oscuridad debe ser profunda.*)

ESCENA VIII.

TRIBOULET, SALTABADIL.

Saltab. Uf! cómo pesa!... Ayudadme un poco. (*Triboulet agitado de un gozo convulsivo, le ayuda á poner el bulto en tierra.*) Aquí teneis á vuestro hombre, bien envuelto y cosido en su propia capa.

Trib. (*Tentándolo.*) Sí!... aquí está!—Quiero verlo... una luz!

Saltab. Estais loco?

Trib. Qué temes?

Saltab. Friolera! las rondas, los serenos... y luego la horca.—Vaya, echémoslo pronto al rio.—Y el dinero?

Trib. Toma. (*Dándole un bolsillo.*)

Saltab. (*Contándolo.*) Esto es.— Os ayudaré á echarlo al Sena.

Trib. Yo solo basto.

Saltab. Entre los dos se hará mas pronto.

Trib. Bien. Anda primero á recorrer la orilla, no haya alguien que sienta el ruido al caer.

Saltab. Voy.—Idlo arrimando hácia esta brecha: (*Señala una brecha que hay en el parapeto.*) Aquí es el rio mas profundo.— En cuanto no haya nadie, vengo á ayudaros. (*Desaparece por detrás del parapeto.*)

ESCENA IX.

TRIBOULET.

Ahí está!— Muerto!—Si pudiera verlo!... Maldita oscuridad!— (*Tentándolo.*) Ah! él es!... hé aquí sus botas... y sus espuelas...—Él es!— (*Levantándose y poniendo el pié sobre el cadáver.*) Mírame, oh mundo! Este que ves aquí es un bufon, y eso es un Rey!—Y qué Rey! el primero, el mas poderoso de todos... y ahí está... bajo mis piés... sin mas mortaja que su capa, sin mas sepulcro que el Sena.— Y todo esto quien lo ha hecho?... (*Cruzan-*

do los brazos.) Quién?: yo solo.—Qué dirán las naciones cuando lo sepan?... qué dirá la posteridad?...—La mas alta magestad humana, Francisco de Valois, el rival de Cárlos-quinto, el rayo de la guerra!... desapareció en una noche de tempestad, como un niño que se pierde:—brilló y huyó,—como uno de esos relámpagos!—Y puede ser que mañana los criados de palacio corran por las calles de Paris, ofreciendo de hallazgo montones de oro—á quien encuentre á Francisco-primero que se ha perdido!—Destino maravilloso!—(*Despues de una pausa.*) Oh! hija mia!... Blanca mia!... ya estás vengada! (*Inclinándose sobre el cadáver.*) Malvado, no me oyes?—Mi hija!... que vale mas què tu corona!... mi hija, que tú me robaste!...—no me oyes?—Y porque he estado fingiendo un mes, ¿creiste que lo habia olvidado?... ¿creiste que así se adormecia la cólera de un padre?... No—En esta lucha entre el débil y el fuerte, el débil es vencedor: este perro que te lamía los pies, ahora te rói el corazon. Sí! porque cuando la venganza se apodera de un alma, el mas vil, el mas humilde se levanta, y los gatos se transforman en tigres, y los bufones en verdugos!—Anda á ver ahora si alguna corriente del Sena te lleva al panteon de San-Dionís.—Al agua Francisco primero! (*Mientras arrastra el cadáver hasta la orilla y se dispone á echarlo al rio ábrese la puerta de la casa, asómase. Magdalena, observa que no hay gente, vuelve á entrar y aparece de nuevo con el Rey, á quien indica que puede irse sin ser visto: vuélvese*

adentro y cierra.—Triboulet al ruido se agacha sobre el cadáver.) Oigo ruido!... alguien se acerca!...

ESCENA X.

EL REY, TRIBOULET.

Rey. (*Marchando á tientas.*) Triboulet!

Trib. (*Asombrado.*) Cielos!... es su voz!...

Rey. Triboulet!...

Trib. Qué asombro! (*Echando mano al cadáver.*) Es mi víctima... que se escapa de entre mis manos!... No: aquí está. — Ha sido una ilusion.

Rey. (*Llega á tropezar con Trib.*) Bufon!... te has dormido?... Vamos. (*Dale con el pié.*)

Trib. Él es!... el Rey!... cielos!...

Rey. (*Dándole con el pié.*) Dispierta!... Sígueme á palacio. — (*Vase. — Triboulet oye sus pasos.*)

ESCENA XI.

TRIBOULET.

Él es! — maldicion sobre mí! — le han dejado escapar!... me han engañado!... (*Dirigiéndose á la casa y al parapeto.*) Bandido!... infame!... dónde estás...— (*Volviendo furioso al cadáver.*) — Y qué inocente me ha puesto en su lugar? — Me estremezco... (*Tentando el cadáver.*) Sí, es un cuerpo humano! (*Saca su puñal, rasga la capa en que viene envuelto y mira con ansia.*) No distingo sus facciones! — Esta oscuridad! — (*Mirando alrededor.*) Y no se vé una luz por ninguna parte! —

(*Inclínase sobre el cadáver y fija en él los ojos.*) Esperemos un relámpago. — (*Despues de algunos instantes de hallarse inmóvil en esta actitud, un relámpago brilla rápidamente, iluminando todo el Teatro. — Triboulet se levanta y retrocede dando un grito frenético.*) Ah!... es mi hija!! — Mi hija!... será una vision!... un sueño!... yo estoy soñando...— Mi hija ha marchado... ya estará lejos de Paris... (*Cae de rodillas junto al cadáver, levantando los ojos al cielo.*) Dios mio!... no es verdad que es un sueño?... no es verdad que vos velais por mi Blanca?... no es verdad que no es ella?... (*Otro relámpago ilumina el rostro de Blanca.*) Sí! es ella!... (*Echándose sobre su cadáver.*) Hija mia! Blanca!... Ah! te han asesinado! — Yo he sido! — La maldicion del anciano se ha cumplido sobre mí!...

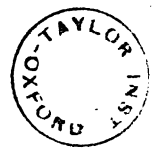
ESCENA XII.

SALTABADIL, TRIBOULET.

Saltab. (*Apareciendo por detras del parapeto.*) Ya no hay nadie: este es el momento.

Trib. Sí: el momento del castigo! — Vamos. — (*Empujan el cadáver: óyese el ruido que hace al caer al agua.*) Y ahora, que comparezcan á un tiempo ante Dios la víctima y sus asesinos. — (*Hiérelo y abrazándose con él se arroja al Sena.*)

CAE EL TELON.



66676613

